



AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana

ISSN: 1695-9752

informacion@aibr.org

Asociación de Antropólogos Iberoamericanos
en Red

Organismo Internacional

Monreal Requena, Pilar

Pobreza y exclusión social en Madrid: Viejos temas y nuevas propuestas.

AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana, vol. 9, núm. 2, mayo-agosto, 2014, pp. 163-182

Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red

Madrid, Organismo Internacional

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62331874004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



AIBR
**Revista de Antropología
Iberoamericana**
www.aibr.org
**Volumen 9
Número 2**
Mayo - Agosto 2014
Pp. 163 - 182

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

Pobreza y exclusión social en Madrid: Viejos temas y nuevas propuestas.

Pilar Monreal Requena
Universidad Autónoma de Madrid

Recepción: 09.08.2013
Aceptación: 30.07.2014

DOI: DOI: 10.11156/aibr.090204



RESUMEN:

Este artículo tiene como objetivo recorrer los estudios que, desde la Antropología, se han hecho sobre la pobreza y la exclusión social en Madrid desde los años 60 del siglo pasado. Comentando los autores más conocidos, terminamos el artículo con las propuestas teóricas que nuestros jóvenes investigadores están planteando en la actualidad. Se trata de mostrar cómo, en Madrid, la mayoría de las investigaciones de los y las antropólogos no se han incorporado a los debates teóricos sobre la pobreza y la exclusión, aunque han realizado sus trabajos de campo sobre las poblaciones más vulnerables.

PALABRAS CLAVE:

Antropología, pobres, pobreza, exclusión social, Madrid.

POVERTY AND SOCIAL EXCLUSION IN MADRID: OLD ISSUES AND NEW PROPOSALS.**ABSTRACT:**

The aims of this article is to explore the anthropological studies that have been completed on poverty and social exclusion in Madrid since the 60s. The article starts with a review of the main authors on this topic and describes the theoretical proposals that new researchers are bringing up today. It is important to remark the importance of this corpus of studies in this particular city because this research has not been incorporated into the theoretical debates on poverty and exclusion, even when this area constitutes a privileged place to study some of the vulnerable populations.

KEY WORDS:

Anthropology, poor people, poverty, social exclusion, Madrid.

AGRADECIMIENTOS:

Agradezco enormemente los comentarios críticos y sugerencias de los evaluadores de este artículo, que me obligaron a pensar y trabajar sobre él para perfeccionarlo.

1. Introducción

La gestión de la «crisis» del año 2007 ha acelerado la tendencia, iniciada a principios de los años 80 del siglo XX, a incrementar el número de personas viviendo bajo el umbral de la pobreza en las grandes ciudades europeas. En el contexto actual, las políticas públicas de atención a los grupos más desprotegidos están desapareciendo y en distintas ciudades las administraciones fomentan un desarrollo urbano donde la construcción no responde a necesidades sociales o habitacionales sino más bien a intereses de tipo especulativo, generando una «crisis urbana» que en España ha agravado los efectos de la crisis financiera mundial. Las políticas de este modelo urbano no se basan en las necesidades de la población o en otras cuestiones sociales, sino en la acumulación de capital a través del propio crecimiento de la ciudad (Delgado, 2008).

En un contexto de acumulación de riquezas, incremento de la pobreza y total abandono de las políticas de bienestar, Madrid es un ejemplo de ciudad neoliberal, caracterizada por la búsqueda de competitividad y el desarrollo de nuevas posibilidades de negocio. Así, Madrid ha sufrido un proceso de acumulación espectacular acompañado de una imagen de gran capital de la cultura, el arte, el turismo, la moda, los grandes eventos deportivos; es una imagen de Madrid que la representa como cosmopolita a la vez que castiza; internacional y, simultáneamente, local. Esta imagen está destinada a que nuestra ciudad pueda competir con otras ciudades en el mercado internacional de flujos de capital (García, 2012; Harvey, 2013). Pero simultáneamente y, según la Red de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión (2013), la tasa de riesgo de pobreza en la Comunidad de Madrid se situó en el 15,9% de su población total. En el año 2011, se incrementó un 17% el número de personas en riesgo de pobreza, íntimamente relacionado con el aumento del paro, pero también con la creciente desprotección de las personas desempleadas y más vulnerables.

Los y las antropólogas no podemos ser neutrales ni pasivos ante estos procesos que, en palabras del historiador de la economía Karl Polanyi (1989), significan el dominio del mercado sobre la sociedad. ¿Cómo podemos los y las antropólogas en cuanto académicos y/o profesionales, comprender e intervenir en estos procesos, modificar estas tendencias que amenazan con mercantilizar toda nuestra sociedad, nuestros valores y nuestra vida cotidiana? Como académica, pensé que podía ofrecer un breve panorama de cómo los antropólogos hemos trabajado los temas de pobreza y exclusión social en la Comunidad de Madrid, repensar qué hemos hecho, qué hemos aportado y en qué hemos fallado, señalando las

nuevas formas de enfocar este problema que llevan a cabo nuestras jóvenes generaciones y colaborar en la solución de lo que tradicionalmente se ha considerado «la cuestión social» y que, lamentablemente, cobra una vigencia inconcebible desde hace unos años.

Los y las antropólogas tenemos una herramienta metodológica inestimable para investigar a aquellos que están social, cultural y económicamente subordinados, como es el trabajo de campo etnográfico (Ferrándiz, 2011). Los grupos sociales marginados de los beneficios de nuestra sociedad, en general desconfían de sus representantes e instituciones, siendo muy difícil que respondan a preguntas sobre su vida cotidiana si no se han establecido previamente unas relaciones de confianza y una empatía que exigen una gran inversión de tiempo, esfuerzo y emotividad. Nuestra actitud crítica y nuestra innovación teórica proceden del contacto cotidiano y prolongado con nuestros sujetos de estudio. Pero también debemos plantearnos si las actuales formas de conocer y conceptualizar la pobreza dan cuenta de sus características y de las posibles formas de su superación.

En este artículo mostraré, en primer lugar, cómo los antropólogos y las antropólogas hemos trabajado en Madrid frecuentemente con la gente pobre y entre los pobres pero, solo en escasas ocasiones, nos hemos incorporado a los debates teóricos, las definiciones y los marcos de análisis de la pobreza y la exclusión. Posteriormente, haré un breve recorrido por las teorías más conocidas que, desde la Antropología, han tratado el tema de la pobreza. Por último, presentaré las aportaciones de algunos de los antropólogos que, en Madrid, se han incorporado a los debates de la marginación, la pobreza y la exclusión en las últimas décadas, comentando las aproximaciones que, en la actualidad, me parecen más prometedoras en la forma en que las jóvenes generaciones de antropólogos/as están trabajando los planteamientos teóricos sobre la pobreza.

2. Los antropólogos trabajan con pobres en Madrid

Exceptuando casos aislados, que trataré en el siguiente epígrafe, los y las antropólogos en Madrid no hemos desarrollado marcos teóricos, ni nos hemos incorporado a los debates teóricos y políticos sobre la pobreza, pero frecuente y paradójicamente nuestros trabajos etnográficos están centrados en los grupos más desfavorecidos económica y socialmente, en los barrios populares o en las poblaciones más vulnerables.

En primer lugar, los temas de la marginación, la pobreza y la exclusión, han sido tratados desde los colectivos de inmigrantes, especialmente desde los años 80 del siglo pasado, cuando se inició el tratamiento teó-

rico de las migraciones internacionales. En la actualidad, hay una gran cantidad de trabajos sobre ellos realizados desde puntos de vista como la salud, la educación, la ciudadanía, el género, el codesarrollo, que sería largo de enumerar; de brillantes etnografías sobre cómo se van generando los procesos de desigualdad y exclusión del colectivo migrante en la escuela, en los barrios, en el trabajo, en la vivienda. Pero, en general, en esta abundante literatura pocas veces se ha discutido qué entendían los autores por exclusión, por pobreza, y las implicaciones de ambos conceptos. Considero que dos de los antropólogos que más han teorizado sobre la relación entre pobreza, exclusión e inmigración son Ubaldo Martínez Veiga y Carlos Giménez, a cuya contribución dedicaré mayor atención en un epígrafe posterior.

Otra forma frecuente en que hemos tratado el tema de la pobreza (y los pobres) es desde «nuestro grupo étnico» por antonomasia: los gitanos. Como en el caso anterior, la heterogeneidad es la nota dominante, heterogeneidad que va desde las pioneras investigaciones de Teresa San Román en Madrid y Barcelona, a la investigación de Otegui (2002) sobre el comportamiento y actitudes de la transmisión del SIDA entre la población gitana en Madrid. Quiero incluir también las actuales e innovadoras investigaciones doctorales de las nuevas generaciones de antropólogos/as como las de M^a José Santacruz con políticas públicas y gitanos rumanos en poblado informal madrileño de El Gallinero y la tesis doctoral defendida por Ariadna Ayala (2012) sobre el impacto de Rentas Mínimas de Inserción en el colectivo gitano en varios núcleos chabolistas de la Comunidad de Madrid, sobre los que me extenderé al final de este artículo.

Una tercera forma desde la que los y las antropólogos hemos tratado el tema de la marginación y la pobreza en Madrid ha sido desde los jóvenes toxicómanos, especialmente el trabajo de Juan Gamella (1990) y su tesis doctoral (1989). Ambas obras nos narran la biografía de Julián y de su pandilla de la Vaguada, entre 1977 y 1987; Gamella nos permite asomarnos al mundo de la juventud marginal de un barrio de la zona Norte de Madrid, donde convivían rascacielos con infraviviendas, chalés millonarios y chabolas fabricadas con materiales de desecho; barrio con notables carencias de infraestructuras y servicios y en un contexto de crisis económica, subempleo y desempleo que afectó especialmente a los jóvenes de los barrios trabajadores y populares, y una transición política hoy juzgada con menos autocomplacencia que entonces.

Desde los procesos de gentrificación o la estigmatización de barrios populares, por ejemplo, Ubaldo Martínez Veiga (1991) y su análisis de la relación entre «movida madrileña» y procesos de gentrificación en el ba-

rrio de Malasaña en los años 80, y de sus implicaciones para la población de bajos ingresos debido al incremento de los alquileres y del nivel de vida que supuso. También hay que destacar el excelente trabajo de Sergio García que se concretó en una tesis doctoral en torno a la relación entre discursos sobre la seguridad ciudadana, un modelo actual de urbanismo, la llegada de inmigrantes y las transformaciones en los dispositivos de poder en el barrio madrileño de Carabanchel (García, 2012 y 2013).

La Antropología audiovisual ha abordado el tema de la pobreza en Madrid, a través del documental etnográfico de Anthropodocus *La ciudad invisible*, sobre La Cañada Real Galiana que narra, recurriendo a diferentes voces de técnicos y especialistas, el proceso de urbanización de La Cañada, los conflictos que origina este asentamiento informal y los problemas de una población sometida a las amenazas cotidianas de derribo y expulsión. Por último, también ha sido objeto de trabajo etnográfico en Antropología la problemática de los sin techo. Así, la tesis doctoral de Santiago Bachiller (2008), donde se aborda críticamente la equiparación de las nociones de *desafiliación* y *desterritorialización*, con el concepto de *exclusión social*. Más tarde volveré sobre las aportaciones esta investigación.

Quiero volver a enfatizar que, en Madrid, los antropólogos y antropólogas hemos trabajado a menudo el tema del incremento de la desigualdad desde una perspectiva de género o con la categoría de *etnicidad*, como también hemos analizado la forma en que se van produciendo los procesos de exclusión social desde la escuela con inmigrantes. Pero no hemos debatido ni cuestionado los conceptos de pobreza y exclusión social que otras ciencias sociales nos aportaban. Seguro que, si tuviéramos que incorporar todo el tema de la desigualdad por género y etnicidad, nos eternizaríamos y, en este artículo, solo quiero señalar aquellos trabajos antropológicos que tienen que ver con los debates que las ciencias sociales han mantenido sobre pobreza, marginación y exclusión.

3. Interludio teórico:

La teorización de la pobreza y la exclusión en la Antropología

En Antropología, tradicionalmente la pobreza se ha tratado desde dos grandes marcos teóricos: desde la que podríamos denominar perspectiva culturalista y desde el determinismo estructural; o, en otras palabras, una concepción de los pobres como poseedores de cierta «autonomía cultural» o desde otra que enfatiza su pertenencia a una clase social. El ejemplo más conocido de tratamiento culturalista ha sido el de la cultura de la pobreza de O. Lewis. Este concepto ha tenido dos críticas fundamentales:

1. Se basa en una definición esencialista y ahistórica del término cultura tal y como fue concebida por la escuela boasiana en Estados Unidos: la cultura de la pobreza, según Lewis (1959 y 1965), es un modo de vida desarrollado para adaptarse a las condiciones de una sociedad mercantil. No obstante, esta forma de vida, de comportamientos, de valores y concepciones del mundo, supera los límites de esta sociedad para encontrarse en diversos ámbitos urbanos, rurales, nacionales, regionales o étnicos; es decir, es independiente de los contextos históricos, políticos, sociales y culturales específicos. Así, surge con las mismas características en Tepotzlán, en México DF, en San Juan de Puerto Rico o en Nueva York – ámbitos donde fue estudiada por Lewis.
2. En esta teorización sobre la cultura de la pobreza, las organizaciones familiares específicas y los valores propios de los pobres se concibieron como los responsables de la pobreza: eran estos valores y comportamientos –desestructurados, pasivos, «asociales», individualistas y apáticos, sin capacidad de innovar y planificar a largo plazo, con problemas de autoestima, y siempre vistos desde «la normalidad» de una clase media nativa (Leacock, 1971)– los responsables de que los pobres no aprovechaban las oportunidades que la sociedad les ofrecía para salir de la miseria: lo que se ha llamado «echar la culpa a las víctimas» –tan de moda hoy en nuestra sociedad con los procesos de criminalización de los parados, la disidencia y la protesta.

Esta concepción de los pobres teniendo su propia cultura, autónoma del resto de la sociedad, pronto fue contestada dentro de la propia Antropología norteamericana: los Valentine (1968 y 1978) y Eleanor Leacock (1971), afirmaron que los pobres no tenían una cultura autónoma, sino que representaban una subcultura dentro de la clase trabajadora; y lo más importante, afirmaron que lo que causaba la persistencia de los pobres en su pobreza no eran unos pretendidos valores culturales en los que se socializaba a los niños y que fueran imposibles de erradicar, sino que era un sistema social, basado en la desigualdad, que originaba que los pobres desarrollasen ciertas pautas de comportamiento, estructuras familiares y concepciones comunitarias, participación política, ideas del futuro, etc.

Esta concepción de la cultura de los pobres como respuesta a su ubicación en la estructura social como grupo más desfavorecido, no dejaba de implicar un determinismo de carácter estructural, del que se intentó salir en la década de los 80 del siglo XX, muy especialmente en la Antropología latinoamericana, recurriendo a conceptos como el de estrategias económicas familiares, a la flexibilidad de las organizaciones domésticas o a la importancia de las redes sociales para sobrevivir en

circunstancias de escasos ingresos; con estas nociones se intentaba evitar el determinismo, al enfatizar la capacidad de acción de los grupos subordinados, eliminar los calificativos de social y políticamente apáticos y pasivos, soslayando también así el término «cultura».

Desde el trabajo pionero de Larissa Lomnitz (1975) en una barriada pobre de México, donde asentó que las relaciones de reciprocidad entre amigos, parientes y vecinos, eran decisivas para sobrevivir en la marginalidad, se ha trabajado mucho en las estrategias que los pobres emprendían para poder sobrevivir en contextos de extrema escasez. Algunas de las líneas de investigación más fructíferas tuvieron que ver con el fomento de las relaciones primarias de ayuda mutua (Ramos, 1984), la flexibilización de los grupos domésticos (Eguía y Ortale, 2007; Martínez Veiga, 1987; Monreal, 1990; Zloloniski, 2006), incentivación del trabajo doméstico (Jelin, 1984; Monreal, 1990) o la realización de múltiples actividades laborales de carácter informal y que no aparecen en las estadísticas oficiales (Monreal, 1990; Newman, 1999; Zloloniski, 2006). Todas estas investigaciones realizadas en los años 80 y 90 del siglo XX conducían a señalar que las características de pesimismo y la pasividad dadas a los pobres por una pretendida cultura de la pobreza eran estereotipos que se derivaban de la forma en que habían sido contruidos los pobres por las ciencias sociales (Monreal, 1996 y 1999).

El concepto de estrategias económicas familiares acuñado para incorporar la creatividad y «agencia» de los pobres urbanos, no resolvió la alternativa de tener que optar por tratar los aspectos culturalistas de los pobres o por una concepción determinista. No deseo incorporar el debate del impacto que los conceptos de «estrategia» y «participación», ligados a una visión romántica de los pobres, han tenido en las políticas públicas y en los proyectos de desarrollo. Solo comentar que ambas nociones han tenido la indeseada consecuencia de legitimar los recortes en los programas de desarrollo y políticas públicas neoliberales al sugerir que, si los pobres tenían tanta iniciativa y creatividad, podrían sobrevivir por ellos mismos, sin las ayudas sociales.

Y llegamos al nuevo milenio con estos debates que se han reabierto periódicamente con términos como el de subclase en las ciencias sociales de los Estados Unidos a finales de los 80 (Monreal, 1996); mientras, en Europa, a partir los años 90 y durante la primera década de nuestro actual siglo, en el ámbito de los medios de comunicación, de las políticas públicas y de los debates académicos y tertulianos, el termino *pobreza* se empezó a complementar o sustituir por el de *exclusión social*. En un contexto marcado por el desmantelamiento del Estado del Bienestar, del incremento de la precariedad y de la crisis financiera e inmobiliaria, el

tratamiento dado a estos conceptos ha de ir más allá de los procesos de desigualdad, de una población excedente o de un fenómeno residual. Esta pobreza creciente y persistente, como han mantenido gran cantidad de autores, no es un hecho coyuntural debido a esporádicas crisis económicas, sino que forma parte del modelo de desarrollo implementado en los países centrales a partir de mediados de los años 80 del siglo XX y del que hoy estamos viviendo su agotamiento.

En los últimos años, de la mano de una serie de teóricos críticos (Foucault, 2002; Bourdieu, 1991; Michel de Certeau, 2006a y b), jóvenes investigadores e investigadoras han retomado el tema del incremento de la desigualdad, de los procesos de estigmatización y segmentación, del aumento de la pobreza en nuestra ciudad, pero desde las perspectivas de las políticas públicas, de las resistencias y las reacciones de la gente a la intervención pública y al incremento de los dispositivos de control y seguridad. Siguiendo a los «teóricos de la práctica», esta nueva generación de antropólogos y antropólogas se focalizan en la cuestión de la mediación entre estructuras y acción, analizando la práctica de los sujetos de estudio. La obra de Bourdieu señala cómo cada uno de los agentes sociales comprometidos en una situación determinada, actúa y percibe su acción y las de los otros a partir de su posición en el espacio social, que siempre es definida por relación al conjunto global de posiciones. En este sentido, los agentes sociales llevan adelante estrategias. Por lo tanto, dos de las múltiples aportaciones de Bourdieu que aquí nos interesa destacar serían: 1) la atención prestada a lo que hace la gente real, en situaciones particulares y cotidianas; y 2) este interés en la agencia nos permite pensar en un modo alternativo para esclarecer el proceso dialéctico y la relación indisoluble entre las estructuras materiales y las estructuras simbólicas. Se trata entonces –como nos dice Bourdieu– de hacer hincapié en la gente que vive y organiza su vida para vivir, en los agentes sociales que producen prácticas, y en las condiciones materiales y simbólicas de este proceso de producción.

De Certeau (2006a y b), en tensión y discusión con Bourdieu y Foucault, enfatiza las prácticas de los agentes, la resistencia de los sujetos, los límites del poder y la disciplina para señalar la politización de la vida cotidiana –previamente señalada por Agnes Heller desde la década de los setenta (Heller, 1975, 1985 y 1998)– cuyo signo es el conflicto y no la asunción del orden; la acción y no la pasividad, destacando lo incompleto de cualquier sistema de dominación. En resumen, lo que plantean estos autores es la pregunta por las prácticas sociales, por la capacidad de actuar de la gente, de construir, de apropiarse... Van más allá de la perspectiva de articulación entre la estructura y la agencia (Roseberry, 1988 y

1989) para focalizarse en el análisis de cómo funciona la propia agencia, cómo es esta posible, si el sujeto es activo, qué construye (¿reproduce o transforma?) y desde qué espacio lo hace (la vida cotidiana).

Desde Gramsci (1975) con su concepto de *hegemonía*, R. Williams (1997 y 1998) con su concepto de *estructura de sentimientos* o Scott (2000) de *guiones ocultos*, que inspiraron la perspectiva de las «etnografías de la resistencia» de los años 80 en Antropología, la pregunta por la actividad de nuestros sujetos de estudio ha sido una constante en la mirada de los antropólogos, constante que también llegó a la forma en que hemos enfocado los temas de pobreza y exclusión en la Comunidad de Madrid.

4. Antropología, pobreza y exclusión en Madrid

En el ámbito de los estudios antropológicos, la pobreza urbana en la ciudad de Madrid se ha tratado desde tres puntos de vista cronológicamente diferentes. En los años 80, se centra en la relación entre marginación y pobreza, especialmente en el colectivo gitano, con el trabajo de Teresa San Román (1984 y 1997), cuyo principal objetivo era examinar las estrategias empleadas para adaptarse a las condiciones de precariedad y marginación extremas en las que vivía este grupo étnico. Al mostrar cómo la marginalidad de los gitanos tiene raíces históricas y actuales, San Román (1986 y 1997) convertía la marginación en lo opuesto a la aculturación/asimilación. El trabajo pionero de San Román destaca dos grandes aportaciones: en primer lugar, la diferencia entre marginación y desigualdad: esta última alude a un sistema social de poder/subordinación (clase, género, etnicidad), mientras que marginado es aquel que no se ubica en ninguno de estos sistemas, el que carece de acceso normalizado a los recursos de la sociedad (San Román, 1986) y cuya presencia o ausencia no afecta a la configuración del sistema social, caracterizándose por una escasa capacidad de implicación en las instituciones de la sociedad (San Román, 2007); la segunda aportación de esta antropóloga nos conduce a cuestionar la marginación como una categoría fija y estática, a presentar a los gitanos como personas que fluctúan entre la integración y la marginación. Así, la idea de marginación de San Román predice un concepto clave para las políticas públicas europeas a partir de la década de los 90 y en la primera década del nuevo milenio, como es el de *exclusión social*.

En la última década del siglo XX y como muestran los trabajos de Martínez Veiga (1997, 1999 y 2004) y Carlos Giménez (1996 y 2003), los debates se centran en las diferencias entre *pobreza* y *exclusión social*,

especialmente entre inmigrantes llegados a Madrid procedentes de países del llamado Tercer Mundo. *Exclusión social* es concebido como un concepto heurístico (Martínez Veiga, 1997) para enfrentarse al problema de cómo cada vez mayor número de personas tienen limitado su acceso a los derechos sociales de la ciudadanía, mientras que los *pobres* son aquella parte de la población que no tiene sus necesidades básicas satisfechas.

Para la mayoría de los autores, la concepción de la *exclusión* nos evoca la imagen de dentro y de fuera: los que están dentro del mercado de trabajo, los derechos sociales e incluso la cultura, y los que quedan fuera de todos estos ámbitos. Por un lado, la *exclusión* alude a «una ciudadanía incompleta», al «*hecho de no poder participar en las actividades normales de la sociedad en donde [los inmigrantes] viven o ser incapaces de funcionar*» (Martínez Veiga, 2004: 214). Pero quedaba sin aclarar desde dónde y por quiénes se definen esas «actividades normales» —en el trabajo, en la familia, en la política— y qué significa «funcionar» —como trabajador, como ciudadano, como vecino—. Por otro lado, influidos por las teorías elaboradas en Francia por el sociólogo R. Castel (1997), *exclusión social* nos evoca una segunda imagen igual de problemática: la de ruptura de los lazos sociales que unen o podrían unir a los grupos vulnerables con la sociedad en su conjunto, con la familia, los amigos, la comunidad local, los servicios sociales y las organizaciones de carácter voluntario (Martínez Veiga, 1999), haciendo referencia a lo que muchos investigadores han denominado con el concepto de *desafiliación*.

Resumiendo, siguiendo las posturas hegemónicas en las ciencias sociales europeas, el concepto de *exclusión social* difiere del de *pobreza* porque pretende instaurar una mirada relacional que suponga referirse a un proceso en vez de a una categoría fija en el tiempo; *exclusión social* es un concepto multidimensional que abarca los ámbitos políticos, culturales, religiosos, económicos, y el acceso a instituciones sociales; es reversible, señalando que son más frecuentes las entradas y salidas que la permanencia en un estado inamovible; y, por último, es acumulativo, en el sentido de que los problemas económicos, laborales, políticos y étnicos se van sumando en el proceso de exclusión. Es, por lo tanto, encomiable el intento teórico de diseñar una categoría para analizar la situación de los grupos sociales más desfavorecidos que se aleje de las connotaciones exclusivamente económicas, fijas e inmutables del concepto de *pobreza* para enfatizar su dimensión procesual y reversible.

Pero lo que puede ser más cuestionado de esta búsqueda, es la aceptación más o menos implícita de la coincidencia entre la exclusión y los procesos de *desafiliación*. Esto implica que las personas que son etiquetadas como «excluidas» están «desenganchadas» socialmente, ya que se

haría referencia al último estadio de un proceso en el que el individuo se encuentra desprovisto de recursos económicos, relaciones sociales y protección social. El individuo excluido es aquel desligado de las redes básicas de sociabilidad, «desafiliado». Este concepto de *desafiliación* tiene dos implicaciones: la falta de lazos sociales y el desarraigo territorial, lo cual vincula a «los excluidos» con nociones de nomadismo, de apatía, de inestabilidad y caos, de desorganización y estigma social. La ruptura de las sociabilidades primarias termina transformando las subjetividades y, así, la *exclusión* es entendida como la ausencia de inscripción del sujeto en estructuras portadoras de sentido. De esta forma, la imagen de los excluidos se conforma a partir de lógicas diametralmente opuestas a los valores que rigen el conjunto social. Como ha pasado en diferentes ocasiones, son los científicos sociales y sus teorías, los que definen previamente a determinados grupos (prostitutas, inmigrantes, toxicómanos, parados de larga duración) como «excluidos», y los que, separando analíticamente estos grupos del resto de la sociedad, promueven las visiones de las subculturas y del aislamiento social.

La noción de *desafiliación* rememora los viejos debates, en torno al concepto de *cultura de la pobreza* (Abrahamson, 1997; Monreal, 1996 y 1999) al conducirnos a los terrenos de la organización familiar, del aislamiento social y cultural, de valores propios sobre el trabajo, la amistad, la lealtad, del significado de participación y de comunidad, y a los procesos de identificación con el grupo y con el territorio. Es por ello que el estudio etnográfico de la vida cotidiana, de las relaciones sociales y el análisis de las concepciones sobre pertenencia, barrio y comunidad que incorpora el punto de vista y la experiencia de los actores involucrados es no solo pertinente sino necesario para dar contenido empírico a las aseveraciones sobre los excluidos y evitar estereotipos y estigmatizaciones de los sectores más desfavorecidos de nuestra sociedad.

Pero es importante rescatar un aspecto de estas posturas aportado por Carlos Giménez. Para este antropólogo, la exclusión social solo puede revertirse a partir de las políticas sociales, a través de programas públicos de integración social (Giménez y Malguesini, 1996: 137), reivindicando así el papel del Estado. Para Giménez, lo que debemos trabajar no es tanto la exclusión como la integración; analizar este proceso, definirlo, estudiarlo y asesorar en su aplicación a las políticas públicas. La integración es entendida como: «[...] *la generación de cohesión social y convivencia intercultural, mediante procesos de adaptación mutua entre dos sujetos jurídica y culturalmente diferenciados*» (Giménez, 2003: 78). El proceso de exclusión se inicia cuando enfatizamos aquello que separa a la gente; por lo tanto, mientras que excluir tiene que ver con resaltar lo

que nos separa, integrarse es enfatizar lo que nos une (ser padres, vecinos, trabajadores, mujeres); mientras que integrarse es convertirse en ciudadano, excluirse es dejar de ser ciudadano; el proceso integrador es «[una] *incorporación en igualdad de derechos, deberes y oportunidades*» (2003: 95). Por lo tanto, la integración social es compleja y multidimensional, recorriendo los niveles jurídicos, laborales, familiares, residenciales, vecinales, educativos, sanitarios, cívicos, culturales. El trabajo de Giménez contribuye en dos formas a la posición de los y las antropólogas trabajando sobre la pobreza en Madrid: en primer lugar, predice la sustitución del concepto de *exclusión* por el de *inclusión*, que se generalizará en las ciencias sociales a partir de los primeros años del nuevo milenio; y, en segundo lugar, sugiere la necesidad de analizar el papel del Estado y sus políticas públicas en los procesos de exclusión/inclusión, propuesta que será desarrollada posteriormente por las jóvenes generaciones de antropólogos y antropólogas.

Como sucedió con el de *cultura de la pobreza*, el concepto de *exclusión* no es heurístico, ni científico; es profundamente normativo e indica quiénes están dentro de una normalidad previamente definida, quiénes tienen el comportamiento y las ideas adecuadas, quiénes están conectados debidamente a los lugares estratégicos de provisión de recursos, con las relaciones sociales adecuadas, y quiénes funcionan como se ha de funcionar. Si *exclusión social* denota pérdida de ciudadanía, si señala una «ciudadanía incompleta», su utilidad analítica es poca. De una u otra manera, en los tiempos de esta segunda década del siglo XXI y de forma acelerada, todos estamos perdiendo derechos de ciudadanía: inmigrantes, jóvenes, trabajadores, jubilados. Solo es una cuestión de grado. Por eso es relevante la postura de Giménez de enfatizar lo que nos une frente a lo que nos separa; y algo que nos une es la vulnerabilidad como trabajadores, como profesores, estudiantes, como enfermos y sanos, como padres que ven el futuro de sus hijos más que incierto, como vecinos que contemplan sus barrios degradados, y observan perplejos cómo en sus plazas y en sus calles hay cada vez más policías y menos servicios sociales, como trabajadores con cada vez menos derechos, salarios más bajos, con cada vez menos prestaciones y cada vez más obligaciones.

5. Nuevos enfoques etnográficos sobre la pobreza

Llegamos, así, al tercer punto de vista con el que se han enfocado los estudios sobre la pobreza en Madrid, representado por las nuevas generaciones de antropólogos que han elaborado, o realizan, sus tesis doctorales sobre este tema. Santiago Bachiller, en su tesis doctoral (2008), se

aplica en analizar y cuestionar el concepto de *desafiliación*. A través de un trabajo de campo etnográfico en la madrileña Plaza de Ópera, discute las imágenes que asocian la exclusión con la desconexión y el aislamiento social, con el problemático concepto de *desafiliación*. Para Bachiller, esta noción enfatiza las rupturas sociales, más que las continuidades, impidiéndonos examinar las relaciones sociales que se establecen en los contextos de exclusión. Bachiller afirma que las relaciones sociales de sus informantes con gente del barrio, comerciantes, vecinos, empleados de seguridad, barrenderos, encargados de restaurantes, son el principal recurso para su supervivencia material y emocional cotidianas, en medio de las tremendas penurias, de la desprotección y el peligro que significa vivir en la calle. Por lo tanto, no se trata de individuos que «vagan solos por las calles de la ciudad», como son mayoritariamente percibidos por la sociedad y por los científicos sociales.

La categoría de *exclusión*, continúa afirmando Bachiller, es ambigua al tener múltiples significados, según quién la use (medios de comunicación, ONG, instituciones religiosas, académicos), a la vez que es una categoría que homogeneiza y simplifica una enorme diversidad de situaciones y procesos sociales bajo una sola categoría. Como «excluidos» se considera a una heterogeneidad de grupos que van desde las prostitutas, los inmigrantes, los toxicómanos, los niños maltratados, los parados de larga duración, personas con disminuciones físicas y psíquicas, presos y expresos y un largo etc., que, fácilmente, nos llevaría a concluir que la mayoría de la población está, de alguna u otra manera, en situación vulnerable de exclusión o en algunos de sus estadios iniciales. Bachiller no niega la existencia de los procesos de exclusión, sino que critica las nociones de desorganización, apatía, desarraigo, asociadas con el vivir en la calle, así como las visiones dicotómicas, estáticas y fijas, de estar «dentro» o «fuera», afirmando que hay muchas formas de estar «fuera» o «dentro» –y un continuo flujo de personas transita entre estos polos–. Aunque es cierto que la vida en la calle obliga a sus habitantes a unos códigos de comportamiento específico, esto no significa que vivan en un mundo aparte con reglas propias, sino que, como muestra Bachiller, entre los excluidos rige el conjunto de valores hegemónicos que operan en la sociedad en cuanto a la ley, el trabajo, la familia, la privacidad.

Por otro lado, Adriana Ayala (2012) y María José Santacruz (Manuscrito sin publicar) centran sus análisis en los procesos de integración o de inclusión social que Giménez había dejado sin cuestionar. Ambas autoras, en sus respectivas tesis doctorales, estudian las concepciones que las políticas públicas de intervención tienen de los pobres, intentando responder a la cuestión de si estas sirven para favorecer la

inserción social y ayudarles a alcanzar una vida digna, o son un mecanismo de control social y cultural, «una tecnología política», como la denomina Ayala (2012). Santacruz, estudiando las causas de la formación del poblado informal de gitanos rumanos en Madrid, muestra cómo las políticas de intervención social pretenden incorporar a estos colectivos desfavorecidos a las instituciones de salud y educación, principalmente a través de mecanismos para conseguir su «normalización», pero sin modificar unas pautas de inclusión excesivamente rígidas, establecidas de forma general para toda la población, al margen de sus especificidades étnicas o de género. A su vez, Ayala (2012) se centra en cómo la políticas implantadas entre el colectivo gitano en varios asentamientos informales de Madrid, tienen consecuencias muy diferentes a las de lograr el bienestar de la población. La articulación entre, por una parte, el objetivo de las políticas de intervención de proteger a los ciudadanos que se encuentran en riesgo de exclusión social, los mecanismos que se generan para alcanzar este fin y, por último, las concepciones de etnicidad (peyorativas y etnocéntricas) que se manejan en el diseño, aplicación y evaluación de las políticas públicas, sirven de escenario para ver cómo se construye, técnica y académicamente, la figura del «gitano excluido». Para Ayala, la RMI (Renta Mínima de Inserción), no es solo una política de protección social sino que implica también un proceso de estigmatización. Ambas autoras realizan un análisis etnográfico de las formas en que los colectivos responden a esta política de intervención, construyendo subjetividades coherentes con las formas institucionales de entender y gestionar estas políticas y las estrategias que los solicitantes de prestaciones desarrollan para adaptarse a su situación de beneficiario «excluido».

Por último, Monreal (En prensa) inicia otra forma de acercamiento al analizar, por un lado, las concepciones, valores y estereotipos que la cultura hegemónica tiene sobre los pobres y el espacio donde habitan en el asentamiento informal de la Cañada Real madrileña, estudiando los mecanismos y agentes (medios de comunicación, ONG, instituciones religiosas, administraciones públicas, y profesionales, entre otros) a través de los cuales la pobreza se vincula con fenómenos como la delincuencia, la violencia, la conflictividad, la suciedad o la desestructuración social; y, por otro, estudia cómo los grupo más desfavorecidos reproducen o resisten a estas categorías. Son los procesos de estigmatización o de «expropiación simbólica» (Wacquant, 2007), aplicados sobre los barrios pobres, que obvian su heterogeneidad e invisibilizan los aspectos positivos de un asentamiento pobre. Este proceso de estigmatización tiene como uno de sus resultados obviar la articulación de los núcleos de pobreza extrema con los procesos de especulación y elitización urbanas en un

contexto de ciudades cada vez más desiguales.

6. Conclusiones

Como hemos visto, desde la década de los 50 del siglo pasado, la Antropología se incorporó a las investigaciones sobre pobreza en las sociedades urbanas; en un primer momento, con el trabajo de O. Lewis sobre la existencia de una cultura de la pobreza; posteriormente, los y las antropólogos trabajamos sobre estrategias de supervivencia de los pobres, enfatizando su capacidad de acción frente a posturas teóricas que los contemplaban como pasivos. Pero tanto la postura culturalista como la de las estrategias de supervivencia nos llevaron a un callejón sin salida teórico y político. Sin embargo, los antropólogos y antropólogas trabajando en Madrid no nos hemos incorporados a los debates teóricos sobre las definiciones de pobreza y los significados de exclusión social, aunque la mayoría de nosotros hemos trabajado con los grupos más desfavorecidos.

En la actualidad, se están abriendo nuevas perspectivas de trabajo emprendidas por nuestros jóvenes que, basándose en exhaustivos trabajos de campo y en los posicionamientos de teóricos críticos, se centran en temas de las concepciones implícitas que las políticas públicas tienen sobre «sus beneficiarios» y en las respuestas que dan los grupos menos favorecidos, reproduciéndolas o resistiéndolas. Igualmente, nos estamos enfocando en analizar a través de qué procesos y agentes, los pobres y los barrios donde habitan se vinculan a la violencia, delincuencia, drogas, desestructuración social, caos o suciedad, construyendo una imagen estereotipada, peyorativa y homogénea: en vez de estudiar las concepciones que los pobres tienen del mundo y lo que cotidianamente hacen, analicemos las imágenes que la cultura hegemónica tiene sobre la población más desfavorecida y sus barrio.

Siempre que trabajamos o investigamos temas tan candentes y difíciles como la pobreza, nos debemos hacer la siguiente pregunta: ¿quién quiere conocer los problemas de los pobres y su forma de vida? Los pobres saben perfectamente cuáles son sus problemas y las dificultades de su vida cotidiana. No necesitan que nadie les diga que son pobres, ni cuál es el origen de su pobreza. Sea como sea que se defina la pobreza, a nadie le gusta ser pobre en esta sociedad; pero hay un largo trecho que recorrer desde el rechazo, a pasar privaciones, hambre y frío, hasta identificarlos como delincuentes, drogadictos, desestructurados, violentos, vinculándolos a los aspectos más peyorativos. A través de su desarrollo, la Antropología ha teorizado sobre los pobres mediante un movimiento

pendular que va desde culpabilizarlos por su pobreza a romantizarlos y aislarlos de sus contextos políticos y económicos, pasando por construirlos como sujetos pasivos a merced de procesos estructurales o a victimizarlos, compadeciéndolos más que solidarizándose con ellos.

En el contexto actual de ciudades más desiguales, este es un tema importante para una Antropología comprometida con los procesos sociales actuales, porque las formas de conocer y conceptualizar la pobreza pueden dar cuenta de sus características, pero también de las posibles formas de su superación. A través de la etnografía y de una teoría antropológica crítica, podemos concebir a los pobres más allá de una población a intervenir y a proteger, de víctimas a las que hay que ayudar, para verlos como seres humanos capaces de luchar y de hacer su historia.

Referencias bibliográficas

- Abrahamson, P. (1997). Exclusión social en Europa: ¿vino viejo en odres nuevos? En *Unión Europea y Estado de Bienestar*. Moreno, L. Madrid: CSIC.
- Ayala, A. (2012). *Las políticas sociales en perspectiva socio-antropológica: estudio de la gestión y aplicación de la Renta Mínima de Inserción de la Comunidad de Madrid con el colectivo gitano*. Tesis doctoral, Departamento de Antropología Social, Universidad Complutense de Madrid.
- Bachiller, S. (2008). *Exclusión social, desafiliación y usos del espacio. Una etnografía de personas sin hogar en Madrid*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- Bachiller, S. (2010). Exclusión, aislamiento social y personas sin hogar. Aportes desde el método etnográfico. En *Ekaina*: 63-74.
- Bourdieu, P. (1991). *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Barcelona: Akal.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- De Certau, M.; Gíard, L. y Mayol, P. (2006a). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente / Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- De Certau, M.; Gíard, L. y Mayol, P. (2006b). *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente / Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Delgado, B. (2008). Propuestas para un nuevo modelo urbano madrileño en clave de sostenibilidad: del crecimiento a la rehabilitación. En http://www.conma9.org/conama9/download/files/CTs/2529_ADelgado.pdf.
- Eguía, S.A. y Ortale, S. (Coords.) (2007). *Los significados de la pobreza*. Buenos Aires: Biblos.
- Ferrándiz, F. (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Barcelona: Anthropos.

- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gramsci, A. (1975). *Cartas desde la cárcel*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo.
- Gamella, J. (1989). *La pena de la Vaguada. Análisis etnográfico de un proceso de marginación juvenil*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- Gamella, J. (1990). *La historia de Julián. Memorias de heroína y delincuencia*. Madrid: Popular.
- García, S. (2012). *Co-producción (y cuestionamientos) del dispositivo securitario en Carabanchel*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- García, S. (2013). El privilegio del miedo o cómo la estetización urbana y la seguridad ciudadana producen diferencias jerarquizadas. En *Metamorfosis urbanas. Ciudades españolas en la dinámica global*. J. Cuco, Ed. Barcelona: Icària / Institut Català d'Antropologia.
- Jiménez, C. (2003). *¿Qué es la inmigración?* Madrid: RBA Libros.
- Jiménez, C. y Malgouyres, G. (1996). *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- Heller, A. (1970). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península.
- Heller, A. (1985). *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. México: Grijalbo Edit.
- Heller, A. (1998). *La revolución de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península.
- Jelin, E. (1984). *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*, Buenos Aires: CEDES.
- Leacock, E. (1971). Introduction. En *The culture of Poverty. A Critique*. E. Leacock, Ed. New York: Touchstone Book.
- Lewis, O. (1959). *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lewis, O. (1965). *La Vida. Una familia puertorriqueña en la cultura de la pobreza: de San Juan a Nueva York*. México: Joaquín Mortiz.
- Lomnitz, L. (1975). *¿Cómo sobreviven los marginados?* México: Siglo XXI.
- Martínez Veiga, U. (1987). El otro desempleo. La economía sumergida. *Cuadernos de Antropología*, 10.
- Martínez Veiga, U. (1991). La organización y percepción del espacio. En *Antropología de los pueblos de España*. J. Prat; U. Martínez Veiga; J. Contreras e I. Moreno, Eds. Madrid: Taurus.
- Martínez Veiga, U. (1997). *La integración social de los inmigrantes extranjeros en España*. Madrid: Trotta.
- Martínez Veiga, U. (1999). *Pobreza, segregación y exclusión espacial. La vivienda de los inmigrantes extranjeros en España*. Barcelona: Icària.
- Martínez Veiga, U. (2004). *Trabajadores invisibles. Precariedad, rotación y pobreza de la inmigración en España*. Madrid: Los Libros de la Catarata.

- Monreal, P. (1990). *Organización doméstica, redes de relaciones sociales y economía informal. Un estudio de antropología social*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- Monreal, P. (1996). *Antropología y pobreza urbana*. Madrid: Los Libros de La catarata.
- Monreal, P. (1999). ¿Sirve para algo el concepto de cultura de la pobreza? *Revista de Occidente*, 215: 75-88.
- Monreal, P. (En prensa). Imágenes y representaciones de un espacio urbano: el papel de los medios de comunicación en la reproducción de las desigualdades.
- Newman, K. (1999). *No Shame in my Game. The Working Poor in The Inner City*. New York: Vintage Books / Russell Sage Foundation.
- Otegui, R. (2002). *Informe del estudio FIPSE. Investigación cualitativa sobre conocimientos, actitudes y comportamientos relacionados con la transmisión de VIH-SIDA en la población gitana*. Madrid: FIPSE.
- Polanyi, K. (1989). *La gran transformación*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- Ramos, S. (1984). *Las relaciones de ayuda parentesco y ayuda mutua en los sectores populares urbanos*. Buenos Aires: CEDES.
- Red de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social (2013). *La inclusión social frente a la crisis. La evolución del riesgo de la pobreza y la exclusión en la Comunidad de Madrid*. Madrid: Centro de Estudios Económicos Tomillo.
- Roseberry, W. (1988). Political Economy. *Annual Review of Anthropology*, 17: 161-85.
- Roseberry, W. (1989). *Anthropologies and Histories. Essays in culture, history and political economy*. London: Rutges University Press.
- San Román, T. (1986). *Entre la marginación y el racismo: reflexiones sobre la vida de los gitanos*. Madrid: Alianza Editorial.
- San Román, T. (1987). *Gitanos de Madrid y Barcelona. Ensayos sobre aculturación y etnicidad*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- San Román, T. (1997). *La diferencia inquietante: viejas y nuevas estrategias culturales de los gitanos*. Madrid: Siglo XXI.
- San Román, T. (2007). *Perifèria*, 7.
- Santacruz, M. (Manuscrito sin publicar). Prácticas de intervención social y producción de las desigualdades en el Gallinero y la Cañada Real Galiana.
- Scott, C.J. (2000). *Los dominados y el arte de la Resistencia. Discursos ocultos*. México DF: Ediciones Era.
- Valentine, B. (1978). *Hustling ad Other Hard Work. The Life in the Guetto*. New York: The Free Press.
- Valentine, C.A. (1968). *Culture and Poverty. Critique and counterproposals*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Zloloniski, C. (2006). *Janitors, Street, Vendors and Activists. The Lives of Mexican Immigrants in Silicon Valley*. California: University of California Press.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad al comienzo del milenio*. Argentina.

- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Buenos Aires: Siglo XXI
- Williams, R. (1997). *Marxismo y Literatura*. México DF: Siglo XXI Editores.
- Williams, R. (1998). *Solos en la ciudad*. Barcelona: Editorial Debate.